

y mi defensa: que de él me encuentre revestido en el instante de mi muerte; que, siendo hoy para mí vestido de justicia y rectitud, se cambie un día en vestido de gloriosa inmortalidad!

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Excelencia de la devoción del escapulario considerada en sí misma.*—El primer objeto de la Cofradía del Escapulario, es una gran demostración del culto á María, notable por su publicidad y por los homenajes que le rinden. Homenajes públicos, teniendo á gloria el llevar su divisa; y homenajes continuos viéndome siempre revestido de este hábito que es la prueba auténtica con que mi celo la honra. Siempre y en todas partes, el escapulario le habla de mí, y me recomienda á su amor.

PUNTO SEGUNDO.—*Excelencia de la devoción considerada en sus privilegios.*—María me promete proteger en los peligros; y si María está de mi parte, ¿quién estará contra mí? Se compromete á salvarme. «Cualquiera que muriere revestido de este hábito no sufrirá las penas del infierno.» Es como si me dijera: A no ser que resistáis completa y tenazmente á mi ternura obligándome á arrojaros de mi seno y despojaros de mi divisa, os perderéis: pues, de lo contrario yo os conduciré á la dicha y á la salvación. Ella se ha comprometido á asistirme en el purgatorio y á disminuir su duración.

PUNTO TERCERO.—*Práctica de la devoción del Escapulario.*—Nada más fácil como práctica exterior, mas es preciso apropiarnos de su espíritu, mostrándonos dóciles á los deberes que él nos impone.

MEDITACIÓN CXXIII

19 de Julio.—SAN VICENTE DE PAÚL.—*Pateram pauperum. Job, XXIX, 16.*

Este santo cuya memoria honra la Iglesia hoy, decía con frecuencia: ¡Ah, qué gran cosa es un buen Sacerdote! ¿Cuánto bien puede hacer, y cuánto bien

hace con la gracia de Dios? El mismo confirmó esta verdad. Nacido de padres sin fortuna, en una provincia del mediodía de Francia, la ocupación de sus primeros años era guardar rebaños. Fué en esta condición que Dios buscó el instrumento que debía cumplir sus magníficos designios (1). Habiendo llegado á la categoría de Sacerdote, imprevistos acontecimientos dirigidos por la mano de la Providencia lo obligaron á ir á París, donde después de haber dirigido sucesivamente dos parroquias con una reputación y un celo siempre creciente, se vió de repente y casi sin darse cuenta á la cabeza de todas las buenas obras de entonces. El supo encontrar el remedio, ó al menos los consuelos para todas las enfermedades, todas las desgracias, todos los sufrimientos de la humanidad. Niños, ancianos, enfermos, prisioneros condenados á perpetuidad, locos: á todos los desgraciados se extendía su generosa compasión. Abundan en Francia los monumentos que levantó su inagotable caridad y celo: y lo más admirable aún es que en medio del brillo de sus obras, él solo ambicionaba el olvido. Murió en París el año de 1660 á los 85 de edad. Consideremos en este Santo Sacerdote.

- I. Su amor por los pobres en general.
- II. Su celo por la salvación de los pobres en particular.

PUNTO I

Amor de San Vicente por los pobres.

Desde su tierna infancia se despojaba de sus vestidos para cubrir la desnudez de los más necesitados, y se privaba de su alimento para darlo á los que le fal-

(1) *Elegit David servum suum, et sustulit eum de gregibus ovium.* (Ps. LXXVII, 70.)

taba. Tantas asociaciones dirigidas y fundadas por él, tantos hospitales á su cargo, tantos socorros procurados á las provincias que el hambre, la guerra ó la peste había azotado, tantas y tan considerables sumas de dinero repartidas entre los esclavos cristianos de Berbería, del Monte Líbano; todas estas empresas, su vida entera nos atestiguan su amor por los pobres. Para ellos fundó esa sublime institución de Hermanas de la caridad que se glorían de ser las sirvientas de los pobres, por ellos dió á la Iglesia una nueva congregación de ministros del altar.—Nosotros somos los Sacerdotes de los pobres, decía á sus misioneros; Dios nos ha escogido para ellos, ésta es nuestra obra capital; el resto es accesorio.»

El solo nombre, la sola vista de los pobres producía en él una impresión que en vano trataba de dominar, su voz era ternísima al pronunciar la siguiente invocación: *Jesu, pater pauperum, miserere nobis*. De antemano sufría él al preveer lo que sus amados pobres tendrían que sufrir. Al principio de un invierno, si se anunciaba riguroso, decía á uno de los suyos: «¿Qué harán nuestros pobres? ¿Dónde irán? Confieso que esta es mi pena y constante tormento... Esas pobres gentes, decía, mientras tengan frutas, comerán y vivirán; mas después, ¿qué otra cosa les espera sino ir á cavar su sepultura y enterrarse vivos? ¡Oh Dios mío! Qué extrema miseria, ¿y cómo remediarla?

En las exhortaciones que dirigía á la comunidad, era casi siempre punto obligado el tratar de los pobres. «Dios los ama, decía; y por consiguiente tiene que amar á los que los aman; ya que cuando amamos á alguien, amamos también á sus amigos y aún á sus servidores. Vamos, hermanos míos, ocupémonos con nuevo ardor en el servicio de los pobres que son tan queridos de Dios y así podremos esperar que El nos ame á nosotros por amor á ellos.» Todos los que aman á los pobres durante la vida, nada tienen que temer á la hora de la muerte. Tengo experiencia de lo que afirmo, y por eso acostumbro inculcar esta máxima en el espíritu de las personas que

tiemblan á la aproximación de la hora de la muerte. Aun cuando sentía por sus religiosos afecto entrañablemente paternal, no les manifestaba cariño sino á medida de la utilidad ó empeño con que servían á los pobres, así como á éstos no los amaba sino en Dios y por Dios. «No merezcamos jamás, les decía, la queja que Nuestro Señor exhala por boca de un profeta: *Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit.*» Hubiera querido que todos mirasen con tan grande compasión á los desgraciados, que se pudiese de ellos decir: Hé aquí hombres verdaderamente misericordiosos (1). ¡Oh Sacerdote! preguntad á vuestro corazón y á vuestras obras si amáis mucho á los pobres! ¿Participáis de sus sufrimientos? ¿Os apropiáis sus penas y los consoláis y aliviáis á medida de vuestras fuerzas? ¿Los amáis como buen Sacerdote, es decir, con todo el interés de salvar sus almas?

PUNTO II

Celo de Vicente de Paúl por la salvación de los pobres.

Para ser su verdadero padre y consolador, quiso constituirse su apóstol. Tres motivos particulares le hicieron adoptar esta determinación: la extrema necesidad de socorros espirituales que ordinariamente tienen los pobres; el rango distinguido que ocupan en la Iglesia: los frutos tan abundantes y fáciles que recoge de ellos el ministerio sacerdotal.

1.º Había notado San Vicente la ignorancia absoluta de las verdades religiosas en que vivían, y por consiguiente la corrupción creciente que invadía la clase indigente tanto en la ciudad como en los campos. Sabía también que en los escasos asilos abiertos entonces á los desgraciados, si se atendía á sus necesidades y miserias corporales, se descuidaban en extremo sus necesidades espirituales; pues había

(1) *Illi viri misericordiae sunt.* (Ecclesi., XLIV, 10)

bajo ese doble aspecto, el deplorable estado de los conducidos á galeras. Reunió sus mejores Sacerdotes, los inflamó en el celo de la caridad de Jesucristo, y los envió á socorrer á las almas innumerables que perecían faltas de pastores. Reunió vírgenes cristianas que consagró y dedicó á la santificación de los pobres, y que al mismo tiempo que se ocuparan de aliviar sus males temporales, trabajaran con sus oraciones, sus santos ejemplos, sus sabios consejos y sus dulces exhortaciones á prepararlos para que recibieran la gracia de los Sacramentos. Con el mismo objeto reunió á piadosas señoras que asoció á su apostolado en los hospitales, y en las prisiones. Por todas partes el éxito fué rápido y prodigioso. En solo un año se contaron en el Hotel Dieu de París más de setecientas sesenta abjuraciones, que fueron otras tantas conversiones.

2.º El segundo motivo que animaba y sostenía á San Vicente en sus trabajos apostólicos por la salvación de los pobres, era la eminente dignidad de éstos, vistos á través de la luz de la fe. «La Iglesia, ha dicho Bossuet, no fué establecida en su plan primitivo sino para la salvación de los pobres: ellos son verdaderos ciudadanos de aquella bienaventurada ciudad que la Sagrada Escritura llama la ciudad de Dios.» Y el Salvador mismo ha declarado que ellos eran el objeto especial de su misión en medio de los hombres: *Evangelizare pauperibus misit me* (1). Los felicita y por esto en su magnífico sermón de la montaña, llena de elogios á éstos, mientras para los ricos sólo tiene amenazas y maldiciones. «Bienaventurados los pobres, dice, porque de ellos es el reino de los cielos» (2). Si á ellos pertenece el reino eterno de Dios, tiene por consiguiente que pertenecerles la Iglesia que representa y es aquí en la tierra el reino temporal de Dios (3). Ellos serán allá los primeros: *Videte*

(1) Luc., IV, 18.

(2) Ibid., VI, 20.

(3) Bossuet. *Sobre la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia.*

vocationem vestram, fratres, quid non multi sapientes secundum carnem, non multi potentes, non multi nobiles (1). Sabidos son los delicados miramientos con que los trataba el gran Apóstol, á cuya intención exhorta á la Iglesia á orar. *Obsecro vos... ut adjuvetis me in orationibus vestris.* ¿Qué desea, pues, alcanzar? Que los pobres de Jerusalén se dignen aceptar su ofrenda. *Ut obsequii mei oblatio accepta fiat in Jerusalem sanctis* (2). El los considera como los principales miembros del cuerpo de Jesucristo, como los favoritos del divino Rey. De ahí el profundo respeto con que los miraba San Vicente de Paúl, el cual los hacía sentar á su mesa, y ordenaba que fueran servidos ellos los primeros. «Reconozcamos, decía á sus hijos, en nuestros pobres á nuestros amos y señores.»

3.º Otro motivo que lo inducía á ocuparse con preferencia de los pobres era que cerca de éstos el Sacerdote puede ejercer su santo ministerio con más éxito, y cosechar más abundantes y sazonados frutos. Nuestro contacto con los ricos, decía, puede inspirarnos el gusto del mundo y sus comodidades; pues ellos adulan nuestras malas inclinaciones. ¡Cuántas tentaciones de amor propio y vanagloria no estamos expuestos! Con los pobres en cambio, tenemos que ejercer diariamente la humildad, la paciencia y la mortificación. Nuestra caridad y nuestro celo no tiene que tomar precauciones, nuestro ministerio es directo é independiente.

En cuanto al éxito, ya sabemos lo que al rico le cuesta sujetarse al cumplimiento de la moral evangélica. El Salvador mismo parecía mostrarse espantado cuando decía: *¡Quam difficile qui pecunias habent, in regnum Dei intrabunt!* (3). Los pobres, al contrario, su misma condición abrevia el camino. ¡Cuánta docilidad en los unos! ¡Qué resistente obtinación en los otros!

(1) I Cor., I, 26.

(2) Rom., XV, 30, 31.

(3) Luc., XVIII, 24.

... Agreguemos á esto que así como los pueblos se muestran escandalizados cuando el Sacerdote parece estimar y dar sólo valor al alma de los poderosos, así mismo los edificamos cuando imitando á nuestro maestro Jesús, damos á los pobres toda nuestra preferencia, y nos dedicamos con especialidad á la salud de sus almas.

Un obstinado hereje dijo un día á nuestro Santo, que lo que más le alejaba de la Iglesia Católica era el ver que un gran número de sus ministros llevaban en las ciudades una vida inútil, mientras que en los campos vivía tanta gente privada hasta de la más indispensable instrucción. Mas el ejemplo de San Vicente y de sus obreros le obligó á desengañarse de tal manera que al año siguiente vino á decirle: «ahora creo que el Espíritu de Dios conduce á la Iglesia Romana, pues veo el interés que os tomáis por los pobres campesinos: estoy pronto á entrar en ella cuando queráis aceptarme.»

En nuestra preparación á la santa Misa, y en nuestra acción de gracias, supliquemos á Jesús que nos comunique el espíritu, que animaba á nuestro Santo, cuando generoso se sacrificaba, y trabajaba con tanto éxito, con los suyos en favor de los desgraciados por su bien temporal y eterno.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Amor de San Vicente de Paúl por los pobres.*—Todas sus empresas, todas sus fundaciones, todas sus obras, su vida entera atestiguan su ardiente y compasiva caridad para con los pobres; nombrárselos solamente conmovía sus entrañas. «Nosotros somos los Sacerdotes de los pobres, solía decir á sus misioneros. Dios nos ha escogido para ellos.» Cuando exhortaba á su comunidad insistía sobre este punto y decía: «¿Amamos á los pobres, y es verdad que somos sensibles á sus padecimientos?»

PUNTO SEGUNDO.—*Celo de San Vicente de Paúl por la sal-*

vación de los pobres.—Tres motivos lo determinaron á constituirse su apóstol: 1.º La extrema necesidad que ellos tienen de socorros espirituales, pues, es principalmente, en favor de sus almas que funda tantas asociaciones piadosas; 2.º Su eminente dignidad desde el punto de vista de la fe católica; pues nuestro divino Salvador declara que ellos son el objeto especial de su misión entre los hombres; 3.º Hacia los pobres el celo se ejerce con menos peligros y con mejor éxito. Roguemos al Señor se digne comunicarnos el espíritu de este Santo que se consagró y trabajó tan eficaz y generosamente al bien temporal y eterno de los pobres.

MEDITACIÓN CXXIV

25 de Julio.—SANTIAGO EL MAYOR

Ocupa este apóstol el tercer lugar entre los doce escogidos por el Salvador. Fué hijo del Zebedeo y hermano mayor de San Juan Evangelista. Le llamamos el Mayor para distinguirlo de Santiago el Menor, hijo de Alfeo, que fué obispo de Jerusalén. Créese que fué de Bethsaida, ciudad de Galilea, como San Pedro y San Andrés. Fué como ellos pescador, y en muchas ocasiones tan privilegiado como su hermano. Ambos le hicieron pedir á Jesús, por medio de su madre, los dos primeros puestos en su reino, y El preguntóles á su vez si podrían compartir con El el cáliz de su Pasión. Santiago obtuvo muy en breve esa gloria, porque él fué el primero de los mártires entre los apóstoles, cuando le cortaron la cabeza en Jerusalén por orden del rey Herodes Agripa.

I. Cualidades que Santiago aportó al ministerio Apostólico.

II. Manera con que supo ejercitarlo.